



Francisco Toledo

El lenguaje de la serpiente

José Gordon

Francisco Toledo es una de las joyas vivas del arte mexicano contemporáneo. Su obra, plena de metamorfosis y de inquietantes hallazgos visuales, se sumerge en las honduras de la imaginación para explorar el difuso y siempre cambiante universo de los arquetipos. Pocos artistas han logrado, como Toledo, adentrarse en el imaginario colectivo y combinar las más arcaicas representaciones de la cultura mexicana con las técnicas más audaces de las artes visuales. La suya es una obra en constante renovación. Autor de una serie de ilustraciones al Manual de zoología fantástica de Jorge Luis Borges, editado por el Fondo de Cultura Económica, Toledo siempre se ha mantenido cerca de la creación literaria y de la investigación antropológica.

El escritor José Gordon, autor de El libro de la vida y El novelista miope y la poeta hindú, conversa con el artista juchiteco acerca del nagual, la serpiente, el zapoteco y las relaciones siempre fascinantes entre la literatura y la imagen, revelándonos los pormenores de la creación de uno de los artistas más significativos de la plástica actual.



La figura de Francisco Toledo se recorta al lado de un árbol que parece imaginado por un pintor que mezcla formas que no se suelen ver juntas: en el tronco grueso se dibujan múltiples espinas, como en el tallo de una rosa, recubiertas por una fibra semejante al algodón. Ermilo Abreu Gómez describía así esta botánica fantástica: ¡El pochote es como una motita de algodón que se desprende de un árbol y vuela por el cielo. El pochote vuela y vuela y cruza la ciudad y va a parar lejos. Es una alegría ver aquellos copos blancos y casi transparentes rodar en alas del viento, remontar las alturas y confundirse con las nubes! Toledo admira el árbol en medio de la tierra rojiza del patio oaxaqueño en el que nos encontramos. Éste es un árbol que se consideraba sagrado, explica. Le pregunto sobre su reencuentro con el paisaje juchiteco, sobre los colores y las formas que marcan su imaginación plástica:

Hablemos del periodo en que regresas de París y te reencuentras con el pochote. Ése es un momento muy importante de tu vida artística. Vuelves a Juchitán, te internas en sus veredas, haces recorridos por sus paisajes para recuperarlos nuevamente.

Cuando yo viví en París siempre viví con la nostalgia. Quería volver. De hecho, nosotros somos una familia de emigrantes, mis padres estuvieron primero en Chiapas, luego en el sur de Veracruz, ahí murieron.

Cada vez que mi mamá iba a tener un hijo se iba al lado oaxaqueño porque allá vivía la abuela. Hacíamos

un recorrido por tren desde el istmo veracruzano, desde el lado veracruzano hasta el oaxaqueño. Era un viaje maravilloso porque pasaba por la selva y en ese momento todavía había animales, monos y jaguares. Pasaba por diferentes pueblos, con diferentes lenguas, diferentes comidas, la gente subía a los trenes a vender la comida. Era un viaje maravilloso. Nosotros teníamos cinco o seis años y lo recuerdo con mucha nostalgia.

Al regresar de París recorrí esa zona a pie y en tren para recobrar esas imágenes que habíamos visto. Luego me dio también por conocer todas las plantas que dan colores. Esta investigación me llevó a muchos pueblos donde sembraban el añil o el achiote y otras plantas salvajes que se usaban para teñir las redes de los pescadores. Ese recorrido fue una enseñanza, pero, por otro lado, no trabajé casi nada en esa temporada. La idea era quedarme en Juchitán, formar una familia, quería que mis hijos hablaran zapoteco, comprar una casa y allí instalarme, pero no pude quedarme, era muy difícil.

Toledo señala varios factores:

Está el calor, también muchas festividades, hay una vida social muy intensa en la comunidad y uno no puede zafarse de los compromisos, hay mucha fiesta, mucha fiesta. Decidimos salirnos y unos nos fuimos a Oaxaca, otros a México.

El pintor regresa al tema de los recorridos:

También viajábamos para buscar un códice o un lien-

zo, en una región que se llama Guevea. En esa época no había carretera. Fuimos con los arrieros a través de la montaña. Este viaje siempre se hacía de noche porque los días eran muy calurosos. Pasar de pronto por los ríos, entre pescados fosforescentes, daba miedo y a la vez era maravilloso.

Me interesaba mucho la antropología, quería hacer vocabularios de algunas lenguas. Mi padre, mi madre y mis abuelos hablaban zapoteco. Nosotros no lo aprendimos bien porque al salir mis padres de Juchitán, al estar en tierra extraña, tenían muchos problemas con su identidad, no querían que se les reconociera como gente india por la discriminación. Siempre hubo algo muy ambiguo porque además en esa zona de Veracruz el comercio y la política eran manejados por los juchitecos, eran dueños de todo. Eso también creaba rivalidades. A nosotros, niños en la escuela, siempre nos veían aparte, teníamos que estar aparte, pero había de todo: árabes, chinos, japoneses, libaneses, gente náhuatl de esa región, popolucas y nosotros los zapotecas. Era muy interesante.

La investigación antropológica que te atrae tanto te lleva a explorar los mitos de diversas culturas. ¿Cómo te interiorizas con estas historias?

En casa estaban las viejas tías que habían llegado al sur de Veracruz como cocineras, cuando todavía estaban las compañías petroleras, holandesas y norteamericanas. De hecho, los juchitecos llegaron ahí también cuando se construyó el ferrocarril y se instalaron en esa zona pan-

tanosa que nadie aguantaba. Los juchitecos se adaptaron bien a esa región de muchas lluvias.

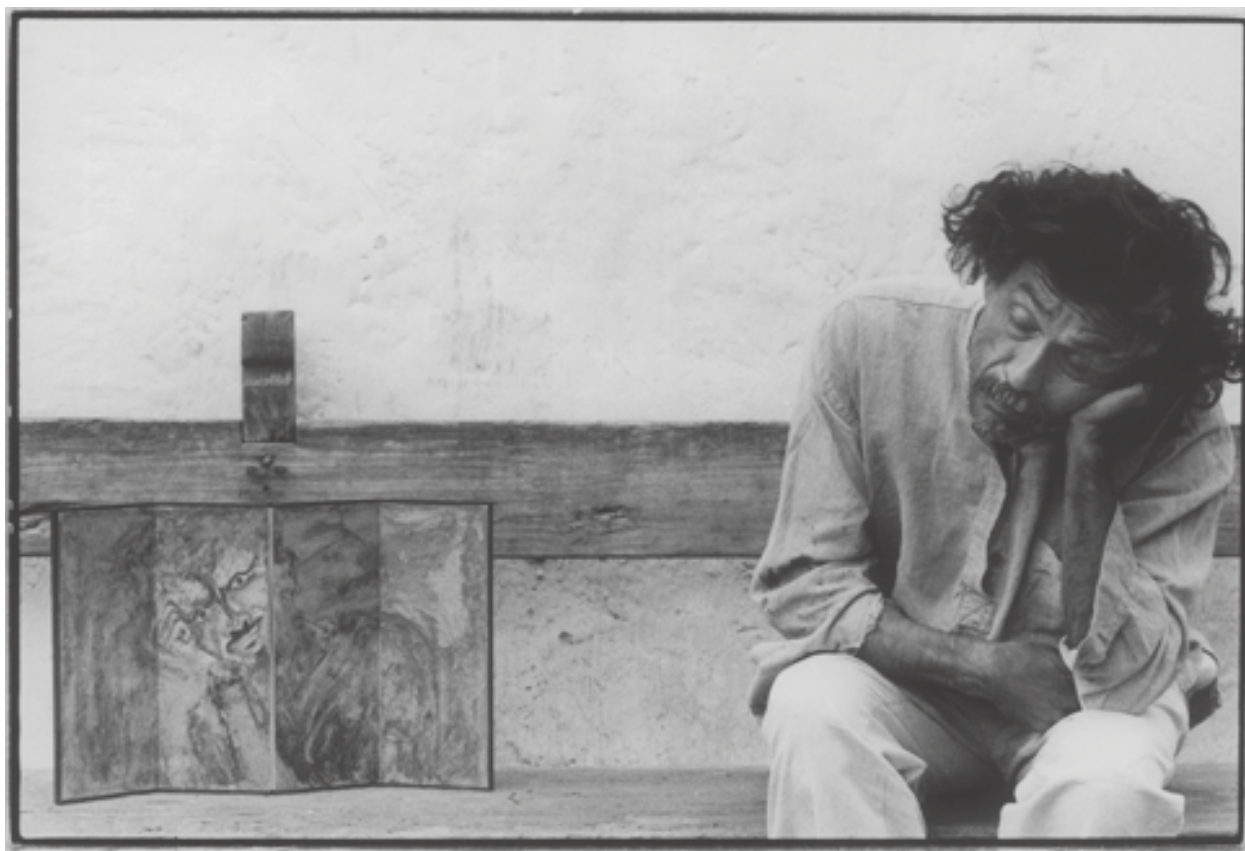
Con las viejas tías convivíamos en la mesa y oíamos de las tradiciones de Juchitán. De ahí empieza mi interés. Tenía una tía, Laureana, que fue la que me inició en la historia de Juchitán. Los mitos y narraciones que después he ilustrado también nacen ahí, con estos familiares que estaban con mi padre.

EL NAGUAL Y LA SERPIENTE

Hay una historia de tu abuela relacionada con la existencia del nagual. ¿Cómo la entiendes?

La abuela era comerciante y tenía mucho éxito. Mataba cochinos y hacía chicharrón. Tenía un puesto en el mercado. Logró tener una fortuna. Entonces en el pueblo, no sé si por envidia, o por no sé qué, siempre decían que era raro que una mujer que venía de una ranchería pudiera tener dinero. La explicación que después escuchamos, por parte de la familia, es que ella siempre estuvo ligada a la serpiente y la serpiente es la que cuida el oro, la que cuida el agua. Ella tuvo suerte porque siempre desde niña la acompañó.

Tuvo encuentros con serpientes y no le hacían nada. Cuando era niña, le tocó ir a lavar ropa con amigas de su misma edad y bañándose salió una gran culebra que tenía una pluma en la cabeza. Ella le dijo a sus amigas: “Vean la serpiente”, pero nadie veía a la serpiente más que ella. Cuando regresaron del río y le contaron a los



© Rogelio Cordero



© Rogelio Cuéllar

familiares lo que ocurrió, le dijeron: “Es una gran suerte que puedas ver a esa serpiente del río. Este animal te va a acompañar siempre para protegerte”.

Tú vives en ese mundo y el animal que tu padre asocia contigo es la iguana rey, te llamaba así: Guchachi.

Ah bueno, sí, —sonríe ampliamente—, pero no tengo nada de rey ni de Guchachi ni de iguana.

La iguana era el animal de mi padre, su alimento favorito. Los juchitecos cazaban iguanas en el área de Oaxaca y se las llevaban hasta Veracruz porque no les gustaban las de ahí. En casa siempre teníamos iguanas. A las iguanas las amarraban, les cosían la boca y las metían debajo de la cama donde se quedaban semanas sin comer ni tomar agua. Entonces cuando se quería una iguana, se sacrificaba en el momento y se tenía un plato fresco. En la casa, bajo la cama, siempre aparecían las iguanas amarradas o también bajo las mesas. Todo eso lo he pintado.

Volviendo a la serpiente, esta abuela que se llamaba Zenorina, una vez estaba recogiendo su ropa tendida en los matorrales para secarse, entonces envolvió sin querer una serpiente y se la llevó bajo el brazo.

Toledo hace una pausa y explica:

Allá la ropa se guarda en baúles, no se plancha, siempre se hace bola y se meten ahí las enaguas y los huipiles. Así mi abuela metió dentro del baúl a la serpiente. En la noche la serpiente empezó a hacer ruidos con la cola, a golpear el baúl. El abuelo fue a ver qué pasaba, la sacó y la dejó ir. Entonces dijo: “Ha de haber sido Zenorina la que trajo la serpiente, porque ella fue la que recogió la ropa”. Esa fue la confirmación de que este animal la protegía o

que la seguía para protegerla. No sé. Su fortuna está ligada a este don que hace la serpiente en algún momento.

Tu tradición artística, de alguna manera, también se liga a ese don. Toledo ríe:

A lo mejor sí. Me sigue dando un poco de lo que le dio a la abuela.

EN MEDIO DE LA ZOOLOGÍA FANTÁSTICA

¿Cómo te conectas con esas historias? ¿Qué te pasa a ti?

Viviendo en Europa lo que pinté está ligado a todas estas tradiciones. Hay algunas imágenes: ya empiezan a salir los sapos y las iguanas. De niño, en el pueblo, cuando pasábamos las temporadas en Oaxaca y en el istmo, rumbo de Ixtepec y Juchitán, no había agua de lla ve, entonces tenía uno que ir a recogerla al río en latas o con cántaros. Las señoras lavaban la ropa y uno se quedaba ahí bañándose. En el río aparecían los peces barbudos que tanto he pintado, las culebras de agua, los pescados que tienen cuatro ojos y que sacan dos para ver por debajo y otros dos para ver arriba en la superficie. De niño yo vi a todos esos animales.

En tu obra se nota un respeto y una admiración profunda por la belleza y el diseño de esos animales. ¿Esto te hace preguntarte si hay detrás de ello un diseñador?

Ésa es una pregunta muy difícil.

¿Cuando ves el pochote, no te preguntas por el dibujante?

¿Un creador?

Sí

Pues no sé. No me quiero meter en honduras, como dicen.

Tú trazas, dibujas, pintas, sabes de la sutileza de diseñar la figura de un insecto y de insinuar su mirada, de subrayar los pequeños detalles. Cuando ves esa elaboración en la naturaleza, ¿qué impresión te da?

Generalmente, cuando veo la naturaleza tiendo a comparar mi trabajo y me parece que lo que yo hago no tiene la fuerza ni la belleza que tienen los animales y los insectos. Siempre se queda uno un poco atrás y entonces uno dice: “la próxima lo intentaré”, pero nunca vamos a poder competir con la naturaleza.

KAFKA, EL IDISH Y EL ZAPOTECO

Hablemos sobre tus pasiones literarias, una de ellas es la obra de Kafka. ¿Cómo se vincula con tu trabajo?

Yo leí a Kafka por un amigo, Antonio Sousa, quien tenía una galería con la cual trabajé en 1958. Creo que en esos días leí la traducción de *La metamorfosis* de Kafka y creo que también en esos años apareció el *Manual de zoología fantástica* de Borges, en la edición del Fondo de Cultura Económica. Ahí, en ese libro, vienen algunos textos de Kafka que me impresionaron. Cuando estaba en Europa leí más cosas de él, sus diarios, sus cuadernos, su biografía.

A veces, cuando se habla de Kafka se piensa en parábolas. A Kafka no le gustaba que dijeran que sus historias eran parábolas. Se tratan de animales siempre o casi siempre y eso es lo que yo he ilustrado en los textos que escogió Borges para su *Manual de zoología fantástica*. Debe haber una o dos imágenes de Kafka que hice: la de unos venados que viven bajo la tierra y que los mineros encuentran cuando están escarbando en las minas. No sé si a veces los llevan por lugares secretos o descubren oro o los pierden y se quedan ahí encerrados. La otra es de un animal que heredó de su padre, es una mezcla de borrego y gato. Hay varias de estas imágenes que ilustré.

Otra narración de Kafka que inspira tu trabajo plástico es “Informe para una academia”, un texto que relata la transformación de un mono en ser humano. ¿Cómo te relacionas con esta historia?

No sé cómo empezó todo, pero claro, en el fondo, soy un mono que aprendió, un mono que fue expulsado de la selva para ir a aprender. De algún modo se dice que ésa es la intención de ese cuento, que habla de cómo los judíos cuando se integran a otra cultura lo hacen con mucho dolor, como cuando se amaestra a un mono. De alguna manera éste es el caso de gente que viene de otra cultura. Tenemos que aprender a adaptarnos al mundo moderno, al mundo en que vivimos: hay que ir a la escuela, aprender a usar zapatos, a cortarse el pelo. Tal vez por ahí está la similitud entre ese mono cazado y yo, un mono que salí de la selva o me empujaron, me sacaron, me expulsaron de la selva y aprendí muchas cosas.

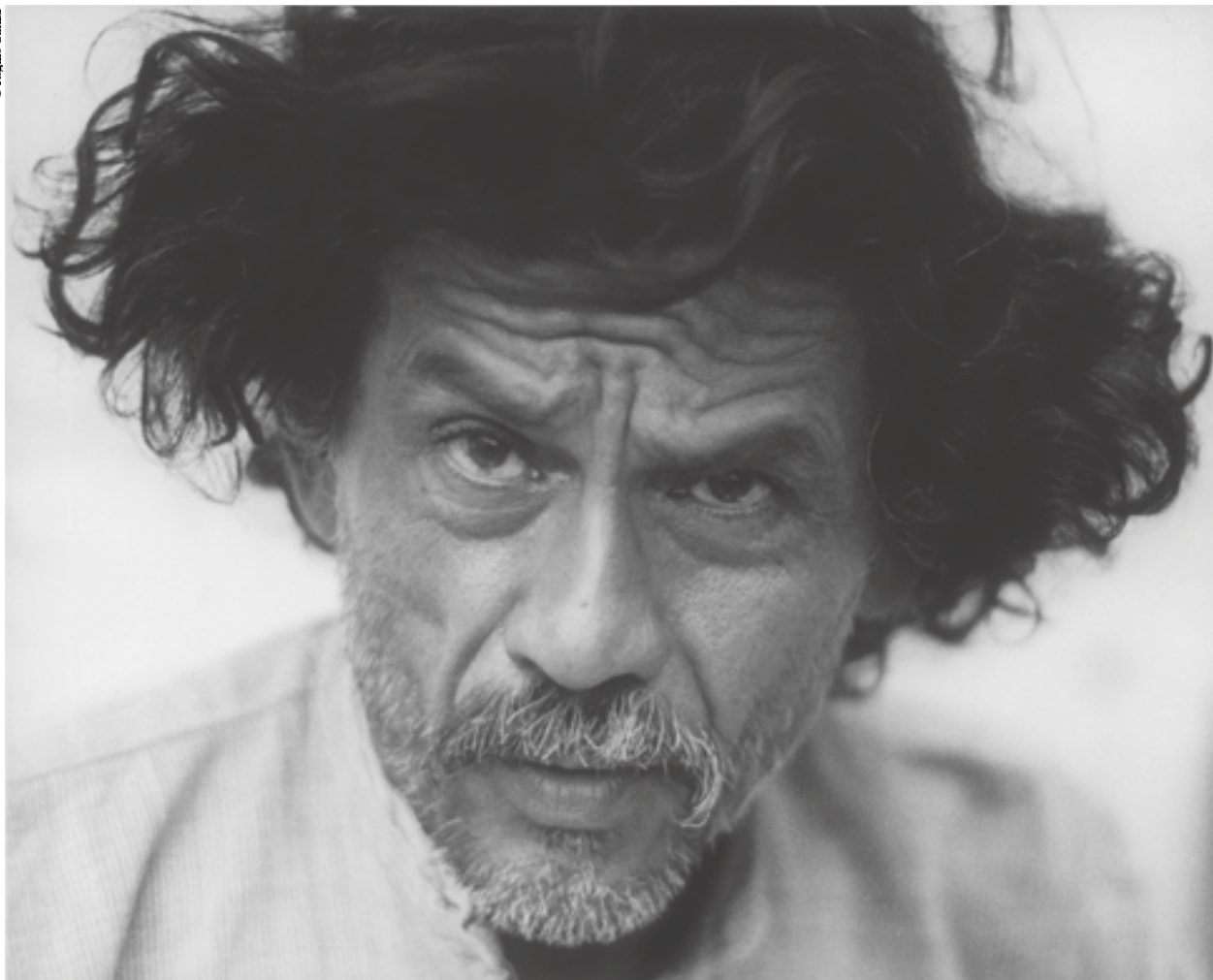
A mí lo que más me interesa de Kafka es su sentido del humor maravilloso que, claro, está ligado a un drama. Incluso se decía que se reía a carcajadas cuando leía sus textos más terribles a sus amigos.

Hay más de un símil entre el mundo que representa Kafka y el mundo juchiteco. Son dos culturas que viven en las márgenes: el mundo indígena y el extinto mundo del judaísmo centroeuropeo. Hay más de un parecido entre quien habla idish, que casi no existe, y quien habla una lengua con resonancias tan maravillosas como el zapoteco.

Por ahí hay un texto de Kafka, lo recuerdo muy vagamente, donde habla del teatro idish, de la cultura idish, aunque él no dominaba esa lengua, creo que tampoco pudo con el hebreo. Esa cultura, esa literatura que se hacía en idish era para muy pocos, aunque luego obtuvo Premios Nobel. De algún modo, eso se relaciona también con la pequeña literatura que se hace en zapoteco, que tiene una lucha constante ya que no hay lectores o hay muy poquitos lectores, porque no hay difusión. Todos estamos pendientes de nuestra comunidad. Todos queremos que sobreviva, estamos muy ligados a esa lengua.

A propósito, ahora estamos haciendo con el Fondo de Cultura Económica un libro para niños que va a ser bilingüe. Mi hija, que es poeta, lo está escribiendo. Éstos

“No sé cómo empezó todo, en el fondo soy un mono que aprendió, un mono que fue expulsado de la selva para ir a aprender”.



son pequeños intentos de mi parte porque no se pierda la lengua, porque la gente empiece a leer en zapoteco y que haya literatura escrita, que no sea todo oral.

Hablando de la belleza del sonido zapoteco, ¿hay una relación entre el lenguaje y la forma?

¿Entre el lenguaje y la imagen?

Traduce Toledo. Se queda pensando. Mueve la cabeza de izquierda a derecha como diciendo no, pero enseguida responde:

Curiosamente, con motivo de mi cumpleaños, alguien me regaló un libro sobre la cábala. Pensé que no iba a poder con ese libro, pero lo empecé a hojear y encontré ahí una cosa muy bella. Lo he estado comentando con mi hija, pero no acabamos de entenderlo o no sabemos cuál es el sentido. El libro es de Esther Cohen y dice que en el hebreo la imagen y la lengua van juntas, son paralelas. Pone un ejemplo que es maravilloso:

si uno asusta a la culebra diciéndole en hebreo, por decir algo —no recuerdo— la palabra *ush ush*, la culebra se va, pero si uno escribe *ush ush* en hebreo y se le presentan las letras a la culebra, también se va.

Toledo sonríe con todo el rostro. Me quedo pensando en que de nuevo surge la imagen de la serpiente. El artista finaliza la conversación con el problema gráfico que confrontan las letras zapotecas:

Yo le decía a mi hija: “lo que pasa es que tú puedes correr en zapoteco a la culebra, pero no vas a poder hacer nunca que lea porque son letras latinas, no corresponden a nuestra lengua esos símbolos escritos”.

Por lo pronto habría que ver cómo reaccionan las culebras ante la plástica de Toledo. En esas imágenes hay un rumor de zapoteco y de un árbol de copos blancos, casi transparentes, que van a parar muy lejos. ▮

En estas imágenes hay un rumor de zapoteco
y de un árbol de copos blancos...